



En 1980, Arturo Jiménez organizó un viaje a las Islas Marías. El viaje de una quincena era para recolectar unas especies endémicas (murciélagos y un conejo). También iban Fernando Jiménez y Daniel Ávila para buscar parásitos de vertebrados; Homero "El Pelicano" (olvidé sus apellidos), ayudante de Arturo; y Salvador Contreras, ictiólogo. Para revisar las redes y para procesar los murciélagos faltaban ayudantes; así, nos colamos Pedro Ramírez y yo, entonces estudiantes que íbamos por invertebrados marinos. Había poca información: una película con Pedro Infante, el Tamayo y el reportaje sobre el Padre Trampas (*Alarma*).

El buque Zacatecas nos llevó desde Mazatlán en un viaje de unas 10 horas. Llegamos al muelle Balleto, y nos separaron del grupo para indicarnos detalles sobre el trato con los colonos. Nos insistieron que no debíamos preguntar sobre las razones por las que habían sido enviados ahí. Dos colonos nos atendieron; limpiaban la casa y ayudaban con algunos detalles y traslados, ya que todo era a pie. No tuvimos que preguntar; pronto nos enteramos de las razones por ellos mismos.

En una de las vueltas a casa, Pedro y yo nos topamos con un señor que gustaba de jugar frontón. Luego de algunas preguntas básicas, ya que pensamos que era directivo, nos dijo que trabajaba en contrabando (no se usaba "narco"), que lo habían atrapado por el cambio de sexenio y porque los nuevos procuradores tenían que hacer acciones

aparatosas para que la población pensara que eran diferentes. Afirmó que saldría pronto y presumió de viajar en avión a Mazatlán casi una vez por semana. La revelación nos pareció estremecedora; cuando lo comentamos con los maestros, a ellos les pareció obvio y confirmatorio de lo que muchos sospechaban. Era 1980.

Luego del escándalo del video en el que asesinan a un rehén, la interacción entre vigilantes y vigilados, o perseguidores y perseguidos, volvió a los medios masivos. La razón por la que ningún gobierno del mundo puede contener al narco es la cantidad de dinero involucrada. Por ejemplo, un miniexpendio cercano a nuestra casa funcionaba 24 horas; el desfile de personas y vehículos de todos los tipos y modelos era interminable. Cada transacción tomaba unos dos minutos máximo; hacían unas 30 por hora, a 100 pesos por grapa, daría unos 60,000 diarios. Los empleados son menores de edad, usan varios celulares y, por razones no tan misteriosas, se esfuman antes de cualquier operativo.

Narco

El problema es grande y complejo; quizá la única solución sería legalizar el tráfico y consumo de las llamadas drogas duras, tal y como ocurre con el alcohol y el tabaco, que aunque se suponen menos perjudiciales, son responsables de muchísimas muertes en el mundo. Con la legalización no se detendrá el consumo, pero los dividendos serán legales; al pagar impuestos, repartirían el beneficio de manera más generalizada. No habría cárteles, sino competencia por el mercado y quizá los consumidores podrían seleccionar los productos según su calidad y precio. Parece exagerado, sin embargo consideremos lo que ocurre con los consumidores actuales; ya son narco-dependientes y no hay recursos ni interés del estado para su rehabilitación. Si tienen billetes, podrían ir a alguno de los centros lujosos que se anuncian en la tele; si no, entonces se incrementa el problema social.

Sergio Salazar
es investigador de ECOSUR Chetumal
(salazar@ecosur-qroo.mx).

